

EL SOPLON

BERTOLD BRECHT

(Traducción de José Coronel Urtecho)

(Domingo a mediodía. El padre, la madre y el chico se levantan de la mesa. Entra la criada)

LA CRIADA: El señor y la señora Klimbtsch preguntan por teléfono si el señor y la señora están en casa.

EL PADRE: *(refunfuñando)* No.
(Sale la criada)

LA MADRE: Debías haber ido tú al teléfono. Ellos saben bien que no es posible que hayamos salido.

EL PADRE: ¿Y por qué no ha de ser posible que hayamos salido?

LA MADRE: Porque está lloviendo.

EL PADRE: Pero eso no es motivo suficiente.

LA MADRE: Y ¿adónde habíamos podido ir? A estas horas, deben ellos estárselo preguntando.

EL PADRE: ¿No hay acaso una porción de lugares?

LA MADRE: Entonces ¿por qué no salimos?

EL PADRE: Para ir ¿adónde?

LA MADRE: Digo, si no estuviera lloviendo...

EL PADRE: Y ¿adónde iríamos si no lloviera?

LA MADRE: Antes, las gentes podían verse unas a otras...
(Pausa)

LA MADRE: Has hecho mal en no responder al teléfono. Deben haber comprendido que no queremos recibirlos.

EL PADRE: Y si lo han comprendido, ¿qué?

LA MADRE: Es penoso esquivarlos en el preciso momento en que todo el mundo hace lo mismo.

EL PADRE: Pero nosotros no tratamos de esquivarlos.

LA MADRE: Entonces ¿por qué no dejamos que vinieran?

EL PADRE: Ese Klimbtsch me escapa de matar de aburrimiento.

LA MADRE: Antes no te aburría tanto.

EL PADRE: ¡Antes! Me revientas con tu sempiterno "antes"!

LA MADRE: De todos modos, antes no hubieras roto con él porque se le ha venido encima una investigación de la inspección escolar.

EL PADRE: ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Que soy un cobarde?
(Pausa)

EL PADRE: Bueno, si te parece, llámalos y díles que nos volvimos por la lluvia.
(La madre se queda sentada).

LA MADRE: ¿Llamamos a los Lemke para que vengan?

EL PADRE: ¡Muy bueno! Para que vuelvan a demostrarnos que no tenemos entusiasmo suficiente por la defensa pasiva...!

LA MADRE: *(al hijo)* Enrique, deja el radio, ¡por favor!
(El hijo toma el periódico)

EL PADRE: Que llueva hoy domingo, es catastrófico. No debía llover en un país en que, cuando llueve, es una catástrofe.

LA MADRE: Te parece muy sensato hacer observaciones de ese estilo a voz en cuello?

EL PADRE: Puedo hacer las observaciones que se me antoje, entre las cuatro paredes de mi casa! No permitiré que en mi propio domicilio...
(Corta de pronto porque ha entrado la criada con el servicio del café. Mientras ella permanece en la pieza, quedan en silencio. Sale la Criada).

EL PADRE: ¿Te parece absolutamente necesario que tengamos una criada cuyo padre es vigilante de barrio?

LA MADRE: Me parece que ya hemos discutido bastante ese punto. La última vez me decías que eso tenía sus ventajas.

EL PADRE: ¡Lo que yo dije! Repítelo a tu madre y ya verás en que alboroto nos metemos!

LA MADRE: Mis conversaciones con mi madre...
(La criada los vuelve interrumpir entrando con el café).

LA MADRE: Déjalo, Erna. Yo lo serviré. Puedes irte.

LA CRIADA: Gracias, señora.
(sale)

EL HIJO: *(Sacando la cabeza sobre el periódico):* ¿Es que todos los curas hacen esto, papá?

EL PADRE: ¿Qué?

EL HIJO: Lo que dice aquí en el periódico.

EL PADRE: ¿Qué es lo que estás leyendo allí?
(Le arrebató el periódico)

EL HIJO: Pero, papá, nuestro jefe de grupo dice que lo que sale en el periódico, todos podemos saberlo.

EL PADRE: Pues lo que diga el jefe de grupo, no es ley aquí en mi casa. Soy yo el que decido lo que puedes leer y lo que no puedes leer.

LA MADRE: Toma, Enrique, aquí tienes diez *pfennings*. Vete al frente y compra lo que quieras.

EL HIJO: Pero, ¿no ves que está lloviendo?
(Se asoma, irresuelto, a la ventana).

EL PADRE: Si esos artículos sobre el proceso contra los sacerdotes siguen apareciendo, retiraré mi suscripción a este periódico!

LA MADRE: ¿Y a cuál te vas a suscribir? Todos hablan de eso.

EL PADRE: Pues bien, si todos los periódicos publican semejantes porquerías, no volveré a leer ninguno . . . No por eso sabré más ni menos lo que pasa en el mundo.

LA MADRE: Pues no es tan mala esa redada . . .

EL PADRE: ¡Redada! ¿Crees tú? Todo eso no es sino política.

LA MADRE: De todos modos, no nos concierne a nosotros. Nosotros somos evangelistas.

EL PADRE: No puede ser indiferente para el pueblo no poder pensar en una sacristía sin pensar, al mismo tiempo, en esas abominaciones.

LA MADRE: ¿Qué van a hacer ellos cuando pasan esas cosas?

EL PADRE: ¿Qué van a hacer? Tal vez podrían barrer frente a su propia puerta. Por lo que se dice, no todo es tan limpio en su Casa Parda.

LA MADRE: Pero, Carlos, de todos modos, eso prueba la higiene de nuestro pueblo.

EL PADRE: ¡Higiene! ¡Bonita higiene! Si eso es la salud, prefiero la enfermedad.

LA MADRE: Muy nervioso estás hoy. ¿Ha pasado algo en la escuela?

EL PADRE: ¿Qué habría de pasar en la escuela? Y mira, por favor, no me estés repitiendo todo el tiempo que estoy nervioso. Ante todo, no hay ningún motivo para ponerse nervioso.

LA MADRE: No deberíamos estar disputando todo el tiempo, Carlos. Antes . . .

EL PADRE: ¿Ves? Esperándolo estaba. ¡Antes! Pues bien, ni antes ni ahora, no admito que le envenenen la imaginación a mi hijo.

LA MADRE: ¡Eh! ¿Dónde está?

EL PADRE: ¡Qué sé yo!

LA MADRE: ¿No lo viste salir?

EL PADRE: No.

LA MADRE: No me imagino dónde puede estar. *(llamando)* ¡Enrique! *(sale corriendo)* ¡Enrique! *(vuelve)* Se ha ido . . .

EL PADRE: ¿Y qué tiene que se haya ido?

LA MADRE: Pero si está lloviendo a cántaros. ¿No ves?

EL PADRE: Pero, ¿por qué ponerte tan nerviosa porque una vez el chico salga?

LA MADRE: Qué fué lo que dijimos?

EL PADRE: ¿Por qué? ¿A qué viene eso?

LA MADRE: No te dominas lo suficiente, últimamente.

EL PADRE: Me domino perfectamente bien últimamente, pero aunque no me dominara perfectamente ¿qué tiene que ver eso con que el chico haya salido?

LA MADRE: Bien sabes tú que lo oyen todo.

EL PADRE: ¿Y qué?

LA MADRE: ¿Y qué? ¿Y si fuera a contarlo? Ya sabes tú lo que les predicán continuamente a las juventudes nazis. Perfectamente sabes que los invitan a informarlo todo. Me llama la atención que haya salido sin decir nada.

EL PADRE: ¡Qué necedades!

LA MADRE: ¿No te diste cuenta en qué momento se marchó?

EL PADRE: Un buen rato se estuvo asomando en la ventana.

LA MADRE: ¡Qué diera por saber qué es lo que pudo oír!

EL PADRE: Pero, ¡vamos! El sabe bien lo que sucede cuando denuncian a la gente.

LA MADRE: ¿Y aquel chico del que nos contaron los Schmukle? Su padre debe estar todavía en el campo de concentración. ¡Si supiéramos siquiera cuánto tiempo estuvo aquí en la pieza!

EL PADRE: ¡Calla! Todas son necedades! Date cuenta. *(Corre por el apartamento, llamando)* ¡Enrique! . . . ¡Enrique! . . . ¡Enrique! . . . *(vuelve)*

LA MADRE: No. No me lo puedo figurar yendo a contar ni una palabra; él no es así.

EL PADRE: ¿Tal vez se fue a ver a algún su camarada?

LA MADRE: Entonces, debe haber ido donde los Mummernann. Voy a telefonar.

EL PADRE: Todo esto me parece falsa alarma.

LA MADRE: (*en el teléfono*): ¿Hola? Habla la señora Burcke, Buenos días, señora Mummermann. ¿Está ahí Enrique? ¿No? Entonces no tengo idea dónde estará . . . Diga, señora Mummermann ¿el local de las Juventudes Hitlerianas está abierto los domingos al mediodía? ¿Sí? Muchas gracias, entonces voy a telefonar ahí.

(*Cuelga el escuchador*)

(*Quedan sentados en silencio*)

EL PADRE: Pero, en fin ¿qué es lo que habrá podido oír?

LA MADRE: Pero, vamos, tú hablastes del periódico. No debiste decir lo que dijiste de la Casa Parda, él tiene sentimientos tan patrióticos.

EL PADRE: ¿Qué dije de la Casa Parda que pueda reprocharme?

LA MADRE: No te acuerdas? Que no todo es tan limpio en la Casa Parda.

EL PADRE: Pero eso, sin embargo, no puede interpretarse como un insulto. Decir que no todo es limpio o más bien, como yo lo dije, usando un moderativo, que no todo es enteramente limpio, lo que hace ya una diferencia, una diferencia apreciable, es una observación humorística, a la manera popular, en estilo de conversación familiar, en tono de broma; que viene a ser lo mismo que si dijera: allá no todo marcha siempre, en todas las circunstancias, exactamente, como quiere el gobierno! Porque es obvio que lo que yo trataba intencionalmente de expresar, es un carácter de pura probabilidad que además tuve buen cuidado de formular, según recuerdo claramente, en esta forma: No todo *debe ser* enteramente —enteramente en sentido moderativo— *limpio*. *¿Debe ser? No es*. Yo no puedo decir que allá haya algo que no es limpio, no teniendo absolutamente la menor prueba. Donde hay hombres, es claro, hay imperfecciones. No he querido dar a entender más que eso, y aún eso que he sugerido, lo he hecho de la manera más atenuada posible, por otra parte, en una circunstancia determinada, por ejemplo contra Von Roehm, el Führer ¿no ha formulado su crítica de una manera infinitamente más vigorosa?

LA MADRE: No te entiendo. No deberías hablar así conmigo.

EL PADRE: Bien quisiera yo no verme obligado a ello. Yo no me doy cuenta cabal de las habilidades que tú misma eres capaz de echar a volar por donde quiera, acerca de lo que,

bajo la excitación del momento, puede ocurrir que yo diga tal vez en el recinto de estas paredes. Compréndeme bien: estoy tan lejos de imputarte que sé yo qué ligerezas contra tu marido, cuánto de suponer ni por un segundo que el chico pueda emprender tal o cual cosa contra su padre. Pero entre hacer el mal y saber que lo hacemos ¡ay! la diferencia es considerable.

LA MADRE: Pero cállate, ¡por favor! Y cuídate más bien de tu propia lengua. Mientras hablas y hablas, yo me quiebro la cabeza tratando de recordar si fué antes o después de lo de la Casa Parda que dijiste que no se puede vivir en la Alemania de Hitler.

EL PADRE: ¡Ah! ¡Te equivocas! Yo no he dicho ni una palabra de eso.

LA MADRE: ¡Me hablas exactamente como si fuera yo la policía! ¿No ves que no hago sino romperme la cabeza por acordarme de lo que habrá podido oír el niño?

EL PADRE: Sea como sea, la expresión "Alemania de Hitler" no pertenece a mi vocabulario.

LA MADRE: Sea como sea, la frase sobre el vigilante de barrio y lo de que en los periódicos no salen más que mentiras y lo que has hablado últimamente sobre la defensa pasiva ¿no te parece que todo eso es algo —sea como sea— algo positivo que pudo oír el niño? Nada de eso es bueno —sea como sea— para un alma infantil, que no puede menos que desengañarse al oírlo, mientras el Führer proclama sin cesar que la juventud de Alemania es el porvenir de Alemania. Pero el niño es absolutamente incapaz de correr a denunciar a nadie. Ahora lo comprendo.

EL PADRE: Puede ser, pero recuerda que es rencoroso.

LA MADRE: Pero ¿de qué va a tener rencor?

EL PADRE: Sépalo el diablo. Siempre hay algún motivo. Tal vez porque le quité su oruga verde.

LA MADRE: Eso hace una semana.

EL PADRE: Sí, pero esas cosas no las olvida.

LA MADRE: Pero también, ¿qué ocurrencia habérsela quitado!

EL PADRE: Se la quité porque no hallaba moscas que darle. La estaba matando de hambre.

LA MADRE: Tiene mucho qué hacer.

EL PADRE: La oruga no cuenta para nada en este asunto.

LA MADRE: Ya lo viste que no ha dicho una palabra en todo el tiempo y yo acababa de darle diez pfennings. Nada de lo que quiere le hace falta.

EL PADRE: Pero eso es corromperlo.

LA MADRE: ¿Qué quieres decir?

EL PADRE: Van a pensar que hemos tratado de sobornarlo para que no suelte la lengua.

LA MADRE: ¿Qué crees tú? ¿Qué te pueden hacer?

EL PADRE: Bah, todo. Bien sabes que no hay límites para ellos. ¡Dios mío! ¡Y con todo ser todavía profesor! ¡Educador de la juventud! ¡Cuando se le tiene miedo!

LA MADRE: Pero no hay nada en contra tuya.

EL PADRE: Siempre hay algo contra cualquiera. Todos son sospechosos. Basta que haya una sospecha para que cualquiera de nosotros sea sospechoso.

LA MADRE: Pero un niño no puede ser un testigo digno de fe. Un niño no sabe de qué se trata.

EL PADRE: Dices bien. ¿Pero desde cuándo necesitan ellos de testigo para sea lo que sea?

LA MADRE: ¿Es que no podemos aclarar qué es lo que tú pensabas cuando dijiste lo que dijiste? Me parece que él te entendió mal.

EL PADRE: Pero ¿qué es lo que pude decir? No acierto a recordarlo. Y luego, esta maldita lluvia tiene la culpa de todo. Lo pone loco a uno. Pero con todo y eso yo sería el último en expresar cualquier cosa contra el elán físico que hoy experimenta el pueblo alemán. ¿No lo anuncié yo todo, desde fines de 1932?

LA MADRE: Carlos, por Dios, no tenemos tiempo de hablar de eso. Es necesario que nos pongamos de acuerdo, exactamente y ahora mismo. No hay que perder ni un minuto.

EL PADRE: Es que no me puedo imaginar eso de Enrique.

LA MADRE: Empecemos por lo de la Casa Parda y las porquerías.

EL PADRE: Pero vamos, si yo no he pronunciado la palabra "porquerías".

LA MADRE: Dijiste que el periódico estaba lleno de porquerías y que retirarías la subscripción.

EL PADRE: Sí, el periódico, pero no la Casa Parda.

LA MADRE: ¿No pudiste decir, por ejemplo, que repruebas esas porquerías en las sacristías? ¿Y que te parece plausible suponer que sean esas gentes que están siendo juzgadas por la justicia las que han fabricado a su vez esas fábulas horribles sobre la Casa Parda, diciendo que allá no todo es limpio? ¿Que lo mejor que podían hacer esos curas sería barrer frente a su puerta? En fin, que

lo que tú le dijiste al chico, fue que dejara el radio y tomara el periódico, porque tú opinas que la Juventud del Tercer Reich debe observar a plena luz lo que pasa a su alrededor.

EL PADRE: Bah, todo eso de nada me serviría.

LA MADRE: Carlos, por Dios, no te des por vencido! Sé fuerte, como el Führer repite a cada . . .

EL PADRE: Ah inol Yo no me puedo presentar ante el Tribunal si entre los testigos compareciera mi carne y mi sangre dando testimonio contra mí.

LA MADRE: No tomes así las cosas.

EL PADRE: Fue una grave imprudencia frecuentar a Klimbtsch.

LA MADRE: Pero nada le ha pasado.

EL PADRE: Conformes, pero ya lo amenaza la investigación.

LA MADRE: Si todos los que se han visto amenazados por la investigación, desesperaran . . .

EL PADRE: ¿Crees tú que el vigilante del barrio tenga algo contra nosotros?

LA MADRE: ¿Quieres decir en caso de una investigación? Recuerda que le regalamos una caja de puros el día de su cumpleaños, y que sus propinas son magníficas.

EL PADRE: Los Gauff de enfrente le han dado quince marcos.

LA MADRE: ¿Esos? Ya lo creo. En 32 todavía leían el *Vorwärts* y en Mayo de 33 engalaban su casa de negro-blanco-rojo.
(Suenan el teléfono)

EL PADRE: El teléfono:

LA MADRE: ¿Respondo?

EL PADRE: No sé . . .

LA MADRE: ¿Quién nos llamará?

EL PADRE: Espera un momentito. Si vuelve a sonar otra vez, vés.
(Esperan. El teléfono no suena)

EL PADRE: ¡Ah no! ¡Ya esto no es vida!

LA MADRE: ¡Carlos!

EL PADRE: Un Judas, un Judas, eso es lo que has echado al mundo. Se sienta con nosotros a la mesa y mientras se traga la sopa que le damos, se aprovecha de todo lo que dicen sus padres ¡el soplon!

LA MADRE: ¡Calla! No digas eso.
(Pausa)

LA MADRE: ¿No crees que deberíamos hacer preparativos?

EL PADRE: Es que crees que van a venir con él de un momento a otro?

LA MADRE: Es posible, después de todo.

EL PADRE: Me convendría ponerme mi cruz de hierro.

LA MADRE: Seguro, Carlos.
(Va a buscarla y se pincha la mano temblorosa)

LA MADRE: Pero, dime ¿no hay nada contra tí en la escuela?

EL PADRE: ¿Cómo quieres que lo sepa? Yo estoy dispuesto a enseñar todo lo que quieren que enseñe. Pero ¿qué es lo que quieren que se enseñe? ¡Si al menos lo supiera! ¿Puedo saber cómo quieren que haya sido Bismarck? ¡Con lo despacio que van sacando los textos! ¿No podrías aumentarle diez marcos a la criada? También ella anda escuchando todo lo que aquí se habla.

LA MADRE: *(asintiendo)* Dime, el retrato de Hitler ¿no crees que si lo pusiéramos arriba de tu escritorio, se vería mejor?

EL PADRE: Tienes razón. Pónlo ahí.
(La madre se dirige a cambiar de lugar el retrato.)

EL PADRE: Espera, si el niño dijera que lo acabamos de

cambiar de lugar, eso podría significar que tenemos la conciencia intranquila.

(La madre vuelve a poner el retrato en su lugar)

EL PADRE: ¿Golpearon la puerta?

LA MADRE: Yo no oí nada.

EL PADRE: Sí.

LA MADRE: Carlos.
(Lo abraza)

EL PADRE: Calma tus nervios. Hazme un motete de ropa.
(Ruido en la puerta. El padre y la madre, se quedan inmóviles, muy juntos en un rincón, demacrados. Se abre la puerta. Entra el hijo con una trompeta en la mano.)

EL HIJO: Bueno ¿qué pasa?

LA MADRE: ¿Dónde estabas?
(El hijo les muestra su trompeta y un cartucho de confites.)

LA MADRE: ¿Solamente has comprado confites?

EL HIJO: ¿Y qué más? O. K.
(Sale del cuarto sonando su trompeta. Sus padres lo siguen con ojos inquietos.)

EL PADRE: ¿Crees tú que ha dicho la verdad?
(La madre se encoge de hombros.)

T E L O N